

J U S T O E S T R A D A

LA GITANA
DE GIL ROBLES

REPORTAJE HUMORÍSTICO
EN DIEZ CONVERSACIONES



PRIMERA EDICIÓN



M A D R I D

1 9 3 5

LA GITANA DE GIL ROBLES

P. 1835257 C. 74100569

LA CITRINA DE GIL ROYAL

J U S T O E S T R A D A

6

25



LA GITANA DE GIL ROBLES

R E P O R T A J E
H U M O R Í S T I C O



DIEZ CONVERSACIONES



5.678

M A D R I D

1 9 3 5

ESTO ESTABA

LA GILANK
DE GIL ROBLES

ES PROPIEDAD.—QUEDA HECHO
EL DEPÓSITO QUE MARCA LA LEY

DE GIL ROBLES
S. C. A.

GRÁFICA UNIVERSAL

GRÁFICA UNIVERSAL. — EVARISTO SAN MIGUEL, 8.

R. 214314

A Tomás Fernández.

*Sin tu amistad seguirían mis trabajos
en la sombra, donde yacían. ¡Que luzca
siempre esplendoroso en tu vida el sol!*

*El cultivo de la flor en el jardín es
algo así como la manifestación de un
gran espíritu, por medio de esa caricia
delicada. La amistad con el poeta es el
cultivo de la flor social: el humorista
es... un cardo.*

Tu amigo,

El Autor.

INDICE

El *Indice* es lo más importante de los libros. No me explico más que por distracción, olvido o porque no se acuerdan, el por qué la mayoría de los escritores confeccionan sus libros sin índice; es la luz, la muleta, el imán, el rabo del perro; ¿con qué vería el ciego, y andaría el cojo, y señalaría el norte la brújula, y se espantaría las moscas el perro? En el gran edificio de un libro plegado, que es un palacio con las ventanas y balcones cerrados, y está a oscuras, sin *Indice* el lector entra ciego, y cojo, y sin norte, y con moscas. Por eso yo no me olvido del índice y le escribo en seguida, y bien claro. Las diez conversaciones

del folleto están colocadas por orden numérico ascendente: la segunda después de la primera, y así sucesivamente. ¡Con lo fácil que es un Índice y lo que ilustra al lector, parece mentira que haya libros sin Índice!





LECTOR... UN MOMENTO

A todos los periódicos de Madrid ofrecí las cuartillas de este reportaje para su publicación y por ninguno fueron admitidas —parecían marcadas con un estigma de repulsión—, y ¿por qué sucederá ésto? ¡Soy un periodista sin periódico! ¿Verdad, lector, que si tú tuvieras un periódico, en propiedad o usufructo, admitirías mis cuartillas y las publicarías en lugar preferente? Dime que sí para que yo pueda dormir tranquilo pensando: ¡cuando mis lectores tengan un periódico...! ¡ah entonces!, entonces temblará mi mano y se habrán estropeado y embotado los puntiagudos labios de mi pluma; ¡seré un escritor ñoño,

y los periódicos de entonces publicarán mis cosas de gusto pasado y viejo y espíritu anticuado, como los periódicos de ahora! ¡Mira que no admitir mis cuartillas la Prensa, siendo yo el escritor más nuevo, dinámico, razonable, comprensivo y heterogéneo! ¿Verdad que esto es una cosa seria que parece humorismo? ¡Gracias por tu atención! Sigue, lector.

¡Ah, se me olvidaba un encargo, hombre! Si ves a algún director o propietario de periódico no le digas nada de lo dicho, porque a lo mejor, digo, a lo peor, se ponen de acuerdo y me obligan a escribir en todos los periódicos de Madrid, y entonces sí que el humorismo sería una cosa seria. Prefiero ser un periodista sin periódico a que se me echen todos encima. ¡Confío en tu discreción, eh! Adiós.



EXCMO. SEÑOR PUBLICO:

Dejo en estas páginas de mi folleto LA GITANA DE GIL ROBLES, este margen en blanco para señal de acatamiento y respeto a la autoridad del público. Claro está que el lector, como el folleto será suyo, puesto que le habrá comprado y pagado con su dinero, si no se le ha birlado al librero, caso poco frecuente porque los «cacos» no leen y por eso libros es lo que menos se roba, aunque otra cosa sucede con las ideas que con-

tienen, pero eso se llama plagio o sustracción de la propiedad intelectual, pues el lector utilizará este margen para señalar sus comentarios, el teléfono de los amigos, la nota de sus ocupaciones o el juicio crítico que le merece este reportaje, o los goles que colaron a Zamora, o el color de los toros que mató Lalanda, o los remiendos de papel con dibujos de los cerditos con que Lerroux tapó los deshollones de su gabinete, que es el diminutivo con que designan a Gabino, su quinto nieto; en fin, lo que le venga en gana.

Como el margen está, según se abre el folleto, así, a mano izquierda, los que tienen costumbre de escribir a ese lado ¡hay que ver la de cosas que me dirán por escrito! Me agra-

daría mucho, de aquí a cien años, que volvieran a mis manos, comentados por los lectores, todos los libros y folletos que escribí, porque así conocería mis defectos y los corregiría; y como escritor para el público, aprendería a saber sus gustos, y podría escribir un libro para cada lector en el cual interpretase sus deseos.

Y además, pensando con libertad, igualdad y fraternidad, es de justicia que ya que todos los lectores conocen mi pensamiento, yo debo, en reciprocidad, conocer el suyo.

La segunda parte, el precio del folleto: estad tranquilos, lectores míos, que yo se lo entrego al zapatero, al sastre y al de la tienda de ultramarinos de aquí al lado, con el encargo es-

pecial de que os lo devuelvan, y en ese plazo de los cien años que os pido y espero me concedáis, estoy seguro de que habrá vuelto a vuestro poder con sus correspondientes intereses. Si no hubiere vuelto, avisádmelo, y yo os lo indemnizaré. Escribid claro en el margen vuestro nombre, apellidos y domicilio con objeto de facilitarme la empresa devolutiva.

Ya sabéis, pues, una de las principales aplicaciones que tiene el margen que os quedo en blanco. Sabed también, y esto es interesantísimo, que los lectores que condenen a este folleto al fuego eterno para encender la calefacción o el hornillo y los que le envíen a encontrar un fin triste y trágico, indigno de su limpia estirpe, en el más

inodoro departamento de su casa, pierden por completo, y en sentencia firme, el derecho de restitución de su valor a los cien años de fecha y firma. No lo olvidéis, lectores.

SUPLICA la gracia de no caer en desgracia,

EL AUTOR



AUTOR-RETRATO

Que dedico, firmo y rubrico para
el Excmo. señor Ministro de Ins-
trucción.

Vengo a que los ojos de vuestra excelencia se recreen contemplándome, y ya que estoy aquí señor, si mi talle de tallo y mi ¡ele! de helénico consiguen desfruncir vuestro ceño, que momificó el cansancio de instruir a unos con letras a largo plazo y a otros con expedientes sin plazo fijo y que me echéis una de esas miradas más expresivas que la musical de «Molinos de Viento», os dispensaré el honor de que charlemos un ratito. Yo empiezo y digo:

«La falta de cultura en España es tan densa, intensa y extensa e inmensa, que me origina gravísimos prejuicios». ¡Nadie me conoce por «mis» producciones!

Vos, señor, con un decretito de esos minúsculos que ahora se estilan, podéis difundir la cultura griega y romana, y si bien os parece mi parecido, ordenad: «Todo transeúnte mundial —incluidos los de la estratoesfera— cuando topare con el padre de LA GITANA DE GIL ROBLES, se detendrá y a voz en grito exclamará: ¡ahí van Aristóteles y Petronio juntos!» Yo caminaré siempre cogido de mi brazo para que haga buen efecto la frase. He dicho.

Vos tenéis la ... foto. Miradme, señor, y hablad. ¿No se me ve la oreja que escucha?



PLAN Y METODO

Como no estudié topografía —no tiene nada que ver con la caza del topo, que he oído decir que es eso de medir la tierra para conocerla y saber el terreno que se pisa—, pues no sabía nada de planos. Mi escasa cultura tampoco llegó a la música y, claro es, desconocía las claves; confundía el pentagrama con el cablegrama, y andaba a tientas por las líneas y los espacios, porque no sabía ningún método; de D. Hilarión Eslava no había oído más que era un traga niñas. Un día construía un teatro un amigo y me llevó a ver las obras; yo pensaba en Benavente y Caballero, pero, sí, sí, eran de albañilería y carpintería; y había un arquitecto que discutía aca-

lorado con el director de la orquesta. Arquitecto: «Pongo la línea donde me viene en gana». Director: «Pues la orquesta tocará lo que yo quiera». ¿Qué dicen —pregunté al dueño amigo—. No hagas caso. Discuten el Plan y el Método —me dijo—.

Pensaba yo por entonces escribir una obra más importante, más interesante, más emocionante que «El Quijote», porque yo he oído decir que Cervantes sólo dejó de cenar la noche que terminó «El Sancho», y yo ¡hay que ver la de noches que no he cenado y las que si he cenado ha sido porque los amigos... esperaban que los dedicase un libro!

Cuando D. José María Gil Robles fué elegido y juró el cargo de Ministro, como yo sabía todo lo de «La Gitana», encontré argumento para escribir mi libro. Pero ¿y el Plan y el Método? ¡Ahí estaba la dificultad! Si proponía al ministro de la Guerra perdería su amistad. Somos íntimos; tomamos el sol un día juntos en la plaza de Ponserrada: él en una esquina y yo en la de enfrente ¡cuando

«La Gitana»! Y si posponía al ministro de Instrucción y venía Valle Inclán con aquellas barbas y me decía: «¿Tú que has hecho? ¿Posponer la inteligencia a la fuerza?» ¡Uy, qué miedo! ¿Y si a D. Alejanalejandralito no le colocaba en su sitio? Me llamaría el ministro de Estado a su despacho entablado una reclamación diplomática por razón de colocación y preferencia. Pero yo ya entiendo de Plan y Método por la conversación del arquitecto y el director de orquesta, y es: ¡lo que yo quiera y me venga en gana...!, pues el ministro de Estado no tendrá más remedio que estudiar el asunto en su gabinete y declarar el plan y método oficiales en crisis. ¡Lo que dirá el mundo entero cuando se aperciba de que en España se ha producido una crisis por culpa de una gitana!

Estas han sido las charlas de los pasillos; los discursos del hemicycle comienzan ahora —ya suena el timbre—; levanta la cortina: una sola hoja lector, y atiende.



CONVERSACION PRIMERA

La profecía

Erase una vez un caluroso día seis de mayo, de esos mayos que se sienten principios de verano, y el sol, amante celoso enamorado de la tierra, la acariciaba con sus fulgores. Y en el solar de una vieja ciudad norteña, renegrida por el tiempo y el carbón, en la que el verde de los pocos árboles, que se contemplan aburridos y con miserados de sí mismos, como extrañados de la posibilidad de su existencia, es tan verde negruzco, que parecen sus hojas formadas con artificiales terciopelos. La tal ciudad fué, un tiempo perdido en la somnolen-

cia de la Historia, sede de la España caballeresco-religiosa, y aún los muros de su castillo feudal elevan a la luna, en la noche que, amable, los saluda con su visita, la plegaria de sus mutilaciones. Hay quien ha escuchado, en el aleteo de los agoreros pájaros nocturnos, el suave movimiento producido por el alquicel de un templario al embozarse para acomodar su postura en eterno sueño de su grandeza.

Y sucedió que, como en esa fecha, regresasen los gitanos de la famosa feria de la Cruz de Mayo de Cacabelos, doloridos y preocupados con la pena de haberse separado de sus doctorados jamelgos, y estudiando la manera de enseñar a los nuevamente adquiridos, según ley o contra ley, como pudieron, todas las necesarias virtudes para su buen y lucrativo servicio, como los gitanos descansasen de la dura faena de recoger el maná, a primera hora, por los pueblos colindantes, tumbados en el hotel de ancha y espaciosa bóveda que un señor ingeniero de caminos se dignó construir para este efecto, pues las gitanas se entraron

a dar una vuelta por la ciudad, por si había algo caído y lo podían levantar.

Tiene la vieja ciudad, como trofeo de su gloria y modernidad, elevado un antiestético y antiartístico monumento, conmemorativo del glorioso genio de Gil y Carrasco, como escenario que fué de su obra *El señor de Bembibre*. Un joven robusto —hace de esto muchos años, todavía no conocía las hazañas más famosas de la historia—, de faz serena y vigorosa mirada, llamado Jose María Gil Robles, paseaba la elocuencia de su voz potente por sobre los ámbitos de la ciudad. Las comadres, unas decían que había ido a retratarse sobre una de las almenas del castillo, con un sabor de época legendaria; otras, que había ido a ensayarse y adquirir ademanes y gestos de grandeza para el futuro —el futuro es hoy—, y otras, quizá las más cautas, decían que era una visita de carácter romántico sentimental por el solar de sus mayores. Lo cierto es que, al contemplarle una de las gitanas, dijo a sus compañeras al estilo de Don Quijote: «Con un gran

ziñor himuz topao». Afirmó sus manos en las caderas, enderezó su busto, paladeó la saliva y se fué hacia el señor. «¡Por zuz muertos, una perrita para mis mengues, que no han comío!» —eran las cuatro de la tarde—, le dijo. José María no pudo escuchar más. El recuerdo de la estatua o el deseo de alejamiento de la gitana —vaya usted a saber—, impelieron su mano derecha al bolsillo del chaleco —sí, en el del chaleco guardaba entonces la calderilla—, y, sacando una moneda de diez céntimos, la depositó en la mano de la gitana, cuyo color recuerdo que estaba a tono con la renegrida y mugrienta ciudad.

La gitana, con aquel tesoro tan fácilmente adquirido, y del cual estaba segura que no la iban a despojar los «bandidos» de los *ceviles*, que no la perdían de vista, hubiera besado a Gil Robles en señal de agradecimiento; pero se conformó con pedir al cielo, para él, toda clase de bienandanzas, y terminar su oración diciendo, a la vez que apuntaba para los guardias: «Tiene uzté cara de meniztro, y azí de-

bía zer el de la guerra, pa que no maltratazen a naide y tuviesen pan tóos loz churumbele». El coro de gitanas que acompañaba a la protagonista, descorchando el garrafón de su elocuencia, agradecida, vociferó: lo der cuerpesito de emperaor, la fortuna que le busca para entregarle un tezero, la mujer que sufre tormento de celo y amores y la otra que acecha vengativa pero que no triunfará, y er caminito de flores por donde ze había de deslizar su vida; que Gil Robles escuchaba incrédulo y pasivo.

Por los campos que pasan las civilizaciones de los pueblos, quedan escritas las gloriosas páginas de su historia, con notas de evocación tan fuerte, que, al escucharlas el alma, murmura en suave recuerdo: celtas, romanos, árabes, templarios; y se escucha la grandeza del pasado con sólo gritar: Médulas, Cornatel, San Miguel de Escalada, Coyanza, Valderas muzárabe. Ponferrada fué la sede de los caballeros templarios. Toda la tierra de León, ciudad, pueblos y campos, es historia viva, es-

crita con el buril de los siglos, sobre las páginas del gran libro de la Naturaleza; y fué tal su austeridad, y fué tanta su firmeza, que hasta la Naturaleza parece que tiene interés en hacérselo saber, porque la conserva. El Orbigio y el Sil, dorados ríos de los sueños de los patricios romanos, en cuyas márgenes se arrullaron con suavidad los amores y con rencor los odios. Una vez cogí en mis manos una piedra de las márgenes del Sil, y al contemplar su forma y peso, en una evocación legendaria, exclamé: Esta no tuvo más remedio que ser acariciada por la mano de un esclavo, para tirársela a algún centurión a la cabeza. ¿Por qué no pasó César, en vez de el Rubicón, el Sil cuando se deshacen las nieves? Por los campos que pasan las civilizaciones —dije—, y ahora digo: Por los pueblos como Ponferrada, cuando pasan las caravanas de gitanos, huyen las gallinas y se esconden los gatos; porque van dejando tras de sí un rastro de soledad y silencio. Y es que todos los pueblos, y siempre, dejaron marcada la huella de su civiliza-

ción a su paso; y los gitanos también escriben su historia, con las plumas de las gallinas, sobre el pergamino que elaboran con la piel de los gatos.

Siguió la ciudad muchos años envuelta en las nieves y las brumas de sus inviernos y el sol abrasador de sus veranos; y el día 6 de otro mayo lejano fué ministro de la Guerra en España D. José María Gil Robles. ¡Sería presagio lo de la gitana de Ponferrada!

Segunda parte: ¿Habrá paz en España y tendrán pan todos sus churumbeles? ¡Cúmplase la profecía de la gitana, D. José María!



CONVERSACION SEGUNDA

Reparto e igualdad

Esta mañana muy tempranito, de una manera desacostumbrada y pertinaz, sonó el timbre de mi casa. Alarmada mi patrona por la música tempranera, con el consiguiente mal humor, salió a inquirir la causa. Minuto y medio más tarde golpeaba con los nudillos en la puerta de mi cuarto, a la vez que con una voz somnolente gritaba: «Tiene usted visita». «Que pase», contesté. En la sombra de mi alcoba apareció una mujer, que, sin duda, era un trozo de la sombra misma. Los lazos colorines de su indumentaria no permitieron que

otra sombra, la de la duda, se albergase en mi mente, porque me hicieron exclamar: ¡Hete aquí La Gitana de Gil Robles!

—Que güenos días tenga uzté, rezalao. ¿Ez uzté el escribidor eze que le ha contaó a to er mundo lo de la tarde aquella en Punferrada con el zeñoritón aquel que ahora ez un meniztro?

—En efecto, señora; yo soy.

—¿Zeñora yo? ¡De qué güen humor ze dispierta er zeñorito! Pero zi zoy una probe gitana que no ze ha desayunau...

—¡Anda leñe! Ni yo tampoco. ¡Si todavía no es hora!

—Yo digo hace dos días, zeñorito.

—Algún cólico, ¿eh?

—Zi zeñó: ¡Er cólico permanente del hambre que sufrimos los probes!

—Bueno. ¿Y qué trae usted por aquí?

—Puz me trae la nesecidá.

—Que de eso ya hablaremos y repartiremos el que más tenga.

—Ezo está mu requetebién dicho.

—Repartiremos la necesidad, claro es.

—Güeno, zeñorito. No me gazte chuflla. ¿Pero uzté no me conoce? ¿No ze acuerda de mí? Yo zoy la gitana que en Punnerrada le adivinó ar zeñoritón aquel que iba a zer meniztro. Y uzté, rezalao, que eztá jecho de la mizma pazta y tié er mizmo empaque, y ya zabe que yo no miento, pus va uzté a zer...

—¡Eh! Alto ahí. No profanes el recinto de las musas, ni me ahuyentes la inspiración, que son enemigas del sonido de la moneda, como las personas sensatas de la radio, y a su ruido ambos huyen.

—¡Pero zi uzté va a ze una cosa mu grande!

—¿A mis años, crecer?

—Güeno, zeñorito. Poz miuzté: Un vecino que entiende de letras leyó er papel de ahora, y dice lo de la gitana en Punnerrada con er miniztro de la Guerra, y como aqueya gitana fuí yo...

—Recuerdo perfectamente de la gitana,

como recordará el señor ministro, y era rubia. No pudiste ser tú.

—Pero zeñó. ¡Miá que una gitana rubia! ¡Como no lo pareciera por er zor y er porvo der camino! ¡Zi er zino de nueztra raza ez negro, como la coló, zeñó!

—Bueno, pues sigue desempaquetando el discurso que me traes aprendido.

—Ezo no. Er der zeñó meniztro, zí; hazta trez vezez le he enzayao delante de los míoz, que, por cierto, no me zale ma. ¡Como ez pa un zeñorón! Pero a uzté... como los ezcribidez tamién zaben de las fatigas mueztra, pa malcomé mucha vezez, y otraz pa no comé, puez venía pablale mu a la pata la llana. Y decía que como zoy la gitana del papé, puz me dijo er Zamué: «Anda, mujé, que la fortuna ze te azoma por la puerta. Busca al hombre der papé, y dile que tú erez la gitana que adivina los meniztros, y que te dé una carta pa er zeñó Gi Roblez, y a luego dimpuéz te vaz a zu caza, y hablaz con é, y le camelaz y te trae los papelotes en que muz nombre argo, a mí

y a loz cuatro churumbelez mayorez, y a los tus trez compadrez que zaben leé, y a los tuz hermanoz y a los doz míoz, y a tooz loz que puea zer de mueztra gente, que baztante himoz zufrío y bien lo merecemo; ar fin y a la poztre, tú has jecho un meniztro; otro hicie-ron meno por la República, y eztán bien col-ocao.»

—Muy bien pensado todo: El tú Samuel tiene caletre; pero el caso es que yo no pue-
do darte la carta para el señor Ministro por-
que sólo le conozco de nombre.

—¡Vamo, zeñó, que entre uztede...! Ya me dijo er Zamué que zi uzté, azí, de prime-
ra, no ze avenía a favoreceme, que le dige-
ra que loz hombrez andan y loz montez ez-
tán quedo; y que a uzté también, de lo muez-
tro, ze le daría zu por qué; y que ayí'muz
tié uzté a toos dimpuestos a servirle, lo miz-
mo en lo de los votos que en too lo que nese-
cite de muzotro.

—¿En dónde viven ustedes?

—En laz Ventaz del Ezpíritu Zanto.

—Diga usted a Samuel y a todos los suyos que mañana voy a verlos para hacerles un reportaje periodístico.

—Gracia, zeñorito. ¡Ya noz va uzté a hacer argo! Zi tié uzté una cara de Meniztro... cazi como er de la Guerra; y ya ve la de año que hace que yo ze lo adiviné... Mañana le ezperamoz a uzté tóz como zi a Las Ventaz del Ezpíritu Zanto fueze a vizitarla zu dueño. Que ziga bien. Hazta mañana, zeñorito.

—Adiós, mujer. Hasta mañana.

¿Y qué voy a hacer yo mañana entre los gitanos? ¡Qué poco reflexivo soy! Dejaré en casa el reloj, la estilográfica, el monedero, el lapicero y los gemelos de los puños. Debiera avisar a la policía de mi arriesgado viaje por si me secuestran; pero ¿qué iban a pedir de rescate, y a quién? Mi fortuna está en verso, y es moneda de buena ley, pero que no circula: ¿para qué la quieren? Es una equivocación gastar la vida en estilizar el espíritu, para vivir esclavo de la materia: Yo mando confeccionar mi vestido, como funda de mi cuer-

po, del color y tamaño que se me antoja, y la forma, cuando me cansa, le sustituyo. Yo quería poder quedar en la maleta guardadito, unas veces el espíritu, y otras el cuerpo; pero están unidos, para toda la duración de la vida, precisamente por la enorme fuerza de su repulsión. Son espíritu y cuerpo, antagónicos en todo: Veo en un espejo mi ojo izquierdo, y sin espejo los dedos de mis manos, y ni ojo ni dedos me es dado agrandar ni empequeñecer; en cambio, no veo mi memoria, y con su cultivo, la hice apta para llevar siempre conmigo, un gran almacén de ideas y recuerdos. Con los métodos mnemotecnográficos y mnemotecmónicos, amplié mi memoria hasta el extremo de que no comprendo cómo me cabe en casa y puedo andar con ella por las calles. Recuerdo cuarenta mil versos de poetas antiguos y modernos. Mi memoria es un prodigio, un privilegio: no conservo nota del teléfono de los amigos y todos los recuerdo. Tan grande es mi memoria que... ¿pero de qué

hablábamos? ¡Ah, de los gitanos! Pues si los gitanos me secuestran, para mi rescate les entregaré el tesoro de mi memoria, para que no se olviden del séptimo mandamiento.



CONVERSACION TERCERA

La covacha

Como aquellos caballeros antiguos, que en los pasados siglos, cuando los hijos de la Señora España eran hombres de honor y al cumplimiento de su palabra o juramento prestado, sólo había una causa que se pudiera oponer, y era ésta la muerte, así de leal a mi promesa, aunque desentonado o desconectado, que se dice ahora, con mi tiempo, tiempo perdido, vengo de visitar a La Gitana de Gil Robles y su gente, la de la Gitana, no confundirse.

Indudablemente, es mucha la candidez de los gitanos cuando no se trata de afanar o en-

diñar los bastes a un payo; y son interesantes su vida, sus costumbres y sus recuerdos doloridos exentos de rencor: ¡Hasta a los ceviles quisieran ver muy elevados y que no pudieran descender!

A mi llegada me recibió una comisión de parados perennes, al frente de la cual figuraba la histórica gitana adivina de menistros. Todos estaban muy limpitos, porque ha llovido estos días. Hechas las presentaciones y cambiados los saludos a que el rigor de la etiqueta obliga, la turba gitana me condujo a su hotel, denominado La Covacha. No sé por qué rara asociación de ideas u otro fenómeno psíquico, la explanada que la precede me parecía la plaza de Santa Ana, al penetrar en el hotel, creí acudir a una de esas magistrales representaciones de la Xirgu y Borrás, en el Español: tal aspecto señorial ostenta La Covacha. Acomodáronme en un asiento pentagonal que, ante mi extrañeza por sus cinco patas, me explicaron que era la silla del Faraón: suprema jerarquía de las tribus de su raza.

Lucieron los churumbeles todas sus habilidades y pajoleras gracias precoces. Dijeron las mujeres, que tan llena de talento estaba mi cabeza, que ni el pelo podía contener, y por eso se me había caído; y preguntáronme los hombres si fumaba. Por fin se hizo el silencio; él solo, impuesto por sus timbres y campanillas, sin necesidad de ruidos como en el Congreso, y estábamos entre gitanos. ¡No hay alusión, señores diputados! Y el Samuel tomó la palabra, porque para empezar a hablar parecía que se la tragaba primero, y pronunció un discurso, que yo, lector, voy a copiarte «ad peden lítere quincuagesimal», o sea al pie de la silla de cinco patas.

Muzotro zabemoz, zeñor, que la República no ez La Covacha, ni para La Covacha, ni para eztoz iznorantes de La Covacha, porque la República, manque muzotro la tragimo, ¡que muz engañaron!, no ez una coza azí como ezos monipolio de la gansolina, y los tiléfono, y loz billetez, que no zalen de loz bancoz, zino que ez una coza nazoná, de tóoz,

vamos. Y dije que muz engañaron, porque muz ofrecieron loz caballos de loz guardia zi ganábamos laz elezione aquellas, y laz gane-mo; y ¿zabe uzté lo que muz dieron? ¡Una de gorpez dezde encima de los caballoz...! Pero güeno, aquello ya pazó y lo de ahora ez otra coza má importante, mucho má importante, porque der meniztro de la Guerra pen-de que muz gorpeen o no, y no deben de gorpearlo, porque er meniztro ez de muzotro, porque muzotro le hicimo en Punferrada, como uzté mezmite dice en loz papele, y ezo de que le haigamos gecho muzotro y ahora vengan con zuz manoz limpiez er prencipio y er fin del abecedario, a querérmuzle quitá... ezoz acaparaore der arfabeto...

Le interrumpió un compadre: Oye, Zamué, eplícale ar zeñó lo der prencipio y er fin del abecedario, lo de loz acaparaores der arfabeto, porque como hablaz en caló, a lo mejó ze quea en ayuna.

—Pero compare, ¿qué voy a explicá zi eztá máz claro quel A B C y la Z, o tú te creez

que er zeñó no entiende de letra zuerta? Puz como decía, digo que no eztamoz dimpueyto a zufrí eze dezpojo, y zi muz le quitan, muz echamo tóo a la calle, ¡y a ver zi loz hay más gitano que muzotro! Y güeno: bazta de combinacionez menizteriale y política de artura; vamo ahora a hablá de lo mueztro, y como güeno amigo que zemo. Uzté muz dará una carta, mu bien puezta, que para ezo no le hay como uzté de pintiparao, y muzotro iremo con eya a ver ar meniztro, y... ¡cómo no se va acordá de Punferrada y der mez de mayo, y de la tarde aqueya...!

—Pero si yo no conozco al señor ministro, ¿cómo voy a darles una carta para él? Ya se lo dije ayer a su costilla. ¡Aquella mujer, más que una costilla, parecía un rabo desgredado y renegrado!

—Vamo, zeñó, zea uzté güeno con muzotro: ziquiera una cartica de ezaz pequeña, que tiene e nombre ya puezto con la emprenta, pa que er zeñó meniztro, ziquiera, muz regale la ropa uzá.

— ¡Ay, Samuel! Si un señor ministro anuncia en la «Gaceta» que va a regalar su ropa usada... ¡la de muerte por atripello que ocurrirían en las calles inmediatas a su domicilio!

Decepcionados y boquiabiertos se miraron unos a otros los gitanos como inquiriendo orientación, desorientados por el lúgubre sonar de mis palabras.

¡El espíritu gitano quedó caído por el suelo! Una joven y guapa gitana, muy requete-peinada y florida, se me acercó musitando cariñosa: Rezalao, antez de marchá te la digo. Dividiéronse los hombres en corrillos para consultarse y tomar acuerdos, sin duda; y como yo notase que me miraban recelosos, dime cuenta de que estaba metido en la trampa de su madriguera: La Covacha. Sentí miedo, y me pareció que ellos, los gitanos, pensarían: Poz zi no muz dan la ropa uzá der meniztro, vamo a quitá a ezte la zuya pa no perdé er tiempo. Tuve un arranque de ingenio y audacia, y sucedió, lector, lo que mañana te contaré.



CONVERSACION CUARTA

Termómetro social

El tabaco ejerce tal dominio en la vida del hombre fumador, que merece ser estudiado en su cuádruple aspecto: uno, subjetivo, y tres, objetivos. Los objetivos, uno es material, otro de relación social y el otro psíquico. El subjetivo consiste en que enriquece a la Compañía Arrendataria. El material, en que estropea la boca, faringe, bronquios, pulmones y estómago. El social, en que es el lazo de los aburridos y el instrumento donde tañen sus melodías los desocupados de espíritu pobre. Y el psíquico, en que actúa de filtro en la imagi-

nación y aclara las ideas. Como ayer te ofrecí, lector, contarte hoy lo que sucedió en La Covacha, como continuación de mi relato, pues te digo que en el momento aquel, de difícil situación, porque me veía desnudo, pensé en el tabaco y llevé mi mano izquierda al bolsillo en que le guardo: allá en las oscuras soledades de su fondo contó mi sentido del tacto hasta tres pitillos enteros, dos medios y otro, aproximadamente, en granos sueltos; había unos sesenta gitanos en La Covacha; hube de renunciar a tal recurso. Un miedo creciente me dominaba; las venas de mis sienes aceleraban sus latidos y escuchaba su golpeteo como producido por cuerpos extraños. Mi ropa, muy usada, pero la más nueva de que disponía, me parecía sentarle bien y a la medida, a todos los gitanos presentes, motivo abundante para que me despojasen de ella y se la disputasen. ¡Ya no podía más! ¿Qué hacer?

Un jovenzuelo se me acercó riente, como queriendo inspirarme confianza, apercibido, sin duda, de mis temores. Yo pensé: ¿me pe-

dirá el chaleco? Pero él, muy amable, me ofreció un encendedor muy barato. Mi pensamiento cambió, creyendo que había olido lo del tabaco. Varios compañeros suyos me ofrecieron estilográficas, lapiceros, relojes. Volvió a variar mi pensar diciendo: ¿es que quieren averiguar mi estado económico para no dar el golpe en balde? Y poco a poco reaccioné, hice un esfuerzo y me adueñé de la situación: ¡carteras, carteras, es lo que más me interesa, porque hago colección! Todos huyeron como por ensalmo, y unos instantes después volvían con un montón de carteras, que me entregaron para que eligiera. Con la vista les inquirí el origen de tal propiedad, y contestaron haciendo girar por turno todos los dedos de sus manos, de menique a pulgar: ¡La profezión, zeñó! Apoderéme de las carteras y procedí a su examen minucioso: viejas, nuevas, caras, baratas, grandes, chicas, formaban una policromía con sus colores, dibujos y tamaños. En todas se conservaban sus papeles, ¿dinero?, ¡ni pensarlo! Las carteras encen-

dían las luminarias de mi imaginación; eran un arma poderosa, muy poderosa, en mis manos ¡Los gitanos ya eran míos! Examiné los papeles de la primera, que estaba muy deteriorada y era de seda negra; sin duda había pertenecido a uno de esos humildes sacerdotes de sotana raída, porque una carta, que muy mal escrita y muy bien doblada, comenzando con el signo de la cruz, decía: «Recibimos la tuya que nos ha llenado de tristeza. Ahí te mandamos siete duros para que te arregles este mes. Lo de la sotana nueva, dice madre que nos es imposible comprar... tela; para juntar los siete duros tuvimos que vender un cochinitillo y siete gallinas; mándanos la vieja, y te la coseremos lo mejor posible, etc».

Cartera segunda: era de piel de cocodrilo; pertenecía a un comerciante, porque contenía impresos con notas de varios artículos de hilados y tejidos y tres letras de banco, vencidas y reseñadas con el consabido letrero de gruesos caracteres que dice: Renovada.

Cartera tercera: era roja, de piel de Rusia;

contenía tarjetas de visita con el nombre de Juan García, ex gobernador. Se conocía que había sido de los del bienio, porque entre las tarjetas apareció una papeleta del Monte en que constaba el depósito de un traje de etiqueta.

Cartera cuarta: azul, anuncio de una casa de productos farmacéuticos; debía de haber pertenecido a un médico; contenía un aviso de embargo con apremio de segundo grado y una misteriosa oración, de esas que, para que tenga efecto su buen augurio, hay que enviar a siete personas ausentes.

Cartera quinta: Piel de ternera, iniciales de plata dentro de un óvalo. Contenía flores secas envueltas en papel de seda y escondidas en un diminuto almanaque perfumado; y una contestación, de una agencia de informes, que hablaba del dote de una señorita de un pueblo. Una nota en un papel de barba decía: Vista para el lunes. Igual podía ser de un oculista que de un abogado.

Cartera sexta: La más fuerte, de becerro,

con muchos departamentos y una correa que la cerraba con tres vueltas. Contenía notas descriptivas de fincas rústicas y urbanas. En varias tarjetas se leía: Cándido de Inocencio. Recaudador de contribuciones.

Un mozalbete de tipo inquieto y ojos impacientes, dijo, mientras yo la enrollaba en la correa: «Cuando laz afané, en eza había un biyete de veinticinco pezetaz, en laz demáz... náa». Todos los gitanos habíanse vuelto a agrupar en torno mío, esperando, anhelosos, la hora de la oferta y entrega del precio de aquel tesoro.

Mi tercer Yo, el audaz, mi ente activo, más gitano que todos ellos juntos, iluminado ya, y dueño de la situación, les dijo: Esto, es un tesoro de sin igual riqueza; estas carteras contienen un valor sintético inapreciado e incomprendido; valen más que si estuviesen llenas de billetes y guardadas bajo la cerradura inexpugnable de la caja de un banco. Esta colección de carteras, recogidas al azar en la calle, suman la fuerza de un corazón intrépido

que se sacrifica por la patria; porque son, sin duda, de ningún género, el termómetro que mide la penuria económicosocial; el termómetro que debemos emplear para conocer la importante circunstancia estatal de la circulabilidad de la moneda. Y un día llegará en que habrá un ministro que tenga el honor de organizar un negociado para llevar la estadística de los señores Ingenieros Carteristacirculatorios; y vosotros seréis los encargados de realizar tan importante misión. Los gitanos se rasgaban por los labios y los párpados en fuerza de abrir los ojos y la boca, y exclamaban: «¡Lo que zabe ezte tío. Ezo hay que ezcrebilo en loz papele pa que lean tóoz los guardia y ze lo aprendan!» Yo seguí: «Se escribirá. No sé si el Sr. Gil Robles tendrá tiempo para hacerlo, porque, como el hombre es nuevo, tiene muchas cosas que hacer, y está tan ocupado... pero...



CONVERSACION QUINTA

G. E. G. E.

...si no lo hace él, lo hará otro, y si no... lo haré yo.» La gitana muchedumbre me jaleó con sus aplausos y olés, y, cosa rara, lo mismo me aplaudían con la derecha que con la izquierda, lo que no les sucede a los jefes políticos, que los aplauden sólo a una mano. Entusiasmado y enardecido por el éxito y el triunfo, lancé al público la montera como los toreros, y me sentí orador :

Porque, señores, nosotros que nos hemos conocido en las penumbras de aquel oscuro país, donde el cielo es negro, y el suelo es negro,

y las casas están negras, y todas las fincas con el recargo de la contribución, y a la carretera la han pintado de negro, y hasta la vida es negra como vuestras caras y las reconditeces de mi espíritu; y ¿sabéis el por qué de tanta negrura? Pues porque aquel es el país del carbón. ¿Y quién os ha dicho a vosotros que el carbón procede de la madera? Eso serán los tizos; pero el carbón de las minas ¿de qué? Esa vieja teoría de que los grandes bosques, descuajados por las aguas, juntaron sus maderas y formaron el carbón... eso es un embuste; porque también la lana de las grandes ovejas pudo formar la cal al pudrirse; y los cuernos y colmillos de los grandes animales, formarían el mármol. ¿Cómo es que hay fósiles arcillosos, y silíceos y pétreos? Según la vieja teoría serían todos de carbón; y no es así, porque los he visto yo. Lo que sucedió fué que, al principio, la tierra estaba ígnea, incandescente, encendida (—¡Chavó... tóo ardiendo! Se decían los gitanos), y según se fué enfriando, pues aparecieron los terrenos

cuaternarios, y los paleolíticos, y los miocenos; y luego vino el carbonífero, el neolítico fué de los últimos, que ha sido muy reciente, y todo estaba quieto y tranquilo como en una balsa de aceite; pero el fuego estaba por dentro, y cuando ya no pudieron más las fuerzas ocultas, estallaron; y aquellas capas de terreno que estaban unas encima de las otras como las hojas de un libro, pues, todas se descuajaringangaron y quedaron tumbadas unas contra otras, y patas arriba y patas abajo, y se formaron las minas como producto del cataclismo; —los gitanos escuchaban embobados—, y de un cataclismo, que es así como una crisis, pues surgieron los nuevos terrenos de los campos políticos, que son los campos más deteriorados y estropeados que existen, porque los partidos, siempre que pueden, se pisan el terreno y le ponen hecho un asco. ¿No veis cómo cambian de postura aquellos hermanos de la upe, salvo atávicos cabezotas, escasos en la nación, y se hicieron primos de la radicalsocialista, y después amigos de la radical y ahora



resultan que son hijos de la zeda, y ahí se quedan porque es el final, el «non plus ultra», el no hay más allá? Pues, es que, con el movimiento de los cataclismos sociales o crisis, tienen que girar dando vueltas, y unas veces les toca parar en la derecha, y otras en la izquierda. Pero esto no queda así, porque la fuerza sigue oculta, que el fuego está encendido, y el día menos pensado sucede otro cataclismo, y todos los terrenos vuelven a cambiar de postura, y sube el terreno terciario, que no son los del terciario, ni los hermanos terciarios de San Francisco, y se hunden las minas y se acabó el carbón. Por ahora no hay peligro de ese temor: tenemos los carbones grasos, los semisecos, las antracitas, los tizos, y cuando se terminen éstos, nos quedan las minas de carbón de cok, que están arriba, en la cúspide, según se va, a mano derecha, si se camina por la izquierda, y a mano izquierda si se camina por la derecha; están colocadas en las mayores alturas de la Nación, para que sea más di-

fácil explotarlas, porque tienen más unto que el carbón graso.

—Lo que zabe este tío. Hasta zabe lo que hay drento de la tierra—murmuraban en el auditorio.

Pedí un vaso de agua, como creo que es obligado entre oradores, para continuar mi discurso; ya me veía negro, y mientras me la trajeron en una cazuela de barro, un gitano, no el Samuel, otro más leído, me dijo:

—Ze ha revelao uzté como verdadero jefe, y muzotro, como un zolo hombre, noz himu decedió a zeguirle y le nombramo mueztro prezidente. ¿Le haze la propozición?

La Gitana de Gil Robles que estaba rabian-do de ganas de soltar a la sinhueso, intervino en seguida diciendo:

—Puz claro que zí. ¿No le adiviné en zu caza que iba uzté a zé argo mu grande? Yo le jize ar Menistro Menistro, y a uzté, jefe de un partío.

—Aceptado —contesté—. Formaremos el nuevo partido que ha de salvar y redimir a la

Nación antes de que se la trague la tierra. Lema: «El trabajo es obligatorio para los partidos de enfrente». Que vean que no nos olvidamos de ellos.

Samuel preguntó:

—¿Y ezo der pograma?

—Yo os prometo —contesté— que si no puedo daros, el día que yo empuñe las riendas del Poder, que será pronto disponiendo de todos los gitanos de España, los caballos de la Guardia civil, al menos daré una orden diciendo que se os entreguen todos los caballos deoros, copas, espadas y bastos que haya en las barajas, y haré que se divulgue a cuatro vientos; y con ese formidable escuadrón podréis galopar por los palacios y castillos de naipes en que aniden los sueños de vuestras ilusiones.

El gitano leído frunció el ceño y exclamó:

—Al fin y a la poztre, papelez. Ya zabía yo que de un tío de eztoz que ezcribe en loz papelez, ná güeno ze podía ezperá.

—¡Eh, amigo! Que soy el jefe y hablo en metáfora. (Todos le abuchearon.) He querido

decir que la contraseña de todos los que militen en nuestro partido será llevar en el bolsillo, como símbolo, un caballo, y no va a ser de los de verdad, sino de la baraja. (Muy bien, exclamaron todos.)

Otra pregunta de Samuel:

—Y cómo ze llamará el partío: ¿La Cabalgata?

—No —le dije—; como es el partido de la gracia y la gitanería, se llamará G. E. G. E., que quiere decir: gitanos, españoles, gubernamentales, etcétera.

—¡Viva mueztro jefe! ¡Viva! —gritaron todos, y quedé consagrado.

Los mozalbetes se apresuraron a entregarme, en señal de tributo y obediencia, las carteras que habían sido los peldaños de la escalera por donde subí a la altura. Yo las recogí, y como aspiro a tener casa y ser su jefe de gobierno, las conservo para colocarlas en mi gabinete.

La histórica y verídica gitana, a quien Gil Robles y yo debemos nuestra elevada posición,

sujeta cariñosamente de mi brazo acompañóme largo trecho desde La Covacha y me dijo:

—Loz grandez hombrez lleváiz en la cara er zeyo de la diztinción, y yo le ze mirá. No me marra uno. Ya zabe que a tuz órdenes queamos too. Habla con el Meniztro y dile a ve zi tié un poquiyo e tiempo dezocupao pa hacé lo der tirmómetro. Y no te orvíe de hizilo en lo papele, pa que ze enteren loz guardia y no molezten a lo probezitoz churumbele cuando eztán zirviendo a la Patria con zu profezión. Zalú, futuro meniztro. Que güervaz pronto.

—Adió, mujé —la dije contagiado por su lenguaje. Apreté el paso y pensé:

—De buena me he librado. ¿Cómo salvará Gil Robles del lío en que le ha metido la gitana? Yo dimito hoy por carta y lavo mis manos.



CONVERSACION SEXTA

El tesoro escondido

Como era mi propósito, y te anuncié, lector, mandé mi dimisión por escrito a la masa de mi partido; al cuerpo electoral, que más que masa parece pez o, por lo menos, engrudo sucio; pero sí, sí; buena la hice. Churumbeles y churumbelas, toda una ganadería de mendicidad gitana, me buscó por Madrid; me encontraron a la puerta de la Redacción del periódico, y ¡para qué más! Como un bautizo. Los gitanillos, aleccionados, con una cara de pena postiza, gritaban en mi torno:

— ¡No muz dezampare, no muz deje uzté zin pare!

Tuve que calmarles gritando más que ellos:

— ¡Pare, pare, menudencia! ¡Que la gente me va a suponer un sultán disfrazado de persona!

No bien los hube calmado, apareció La Gitana de Gil Robles acompañada de varias hembras de su trailla. ¡Cómo no!

La gitana.— ¡Conque ze muz quería uzté lavá laz manos!

Yo.— ¡Mujer, por Dios! ¡Que si no me lavo las manos los amigos me van a negar el saludo!

La gitana.— ¡A uzté le perzigue la zuerte y ze empeña uzté en despreciarla! Argún día ze acordará de ezta probe gitana, que quié empujale pa que zuba.

Yo.— ¿Al tranvía? ¡Si todavía subo solo y en marcha, a pesar del letrerito!

La gitana.— Uzté tié que gatzá pronto automovi. ¡Entonze no ze acordará uzté de loz probe que le himuz ayudau... como hacen loz zeñoritoz der Congrezo.

Yo quería caminar y huir, pero la gitana se colocaba delante y me lo impedía.

—¡Azpere un poquito, que tengo que izile un zecreto mu grande, pero que mu grande!
—Miró a los lados recelosa y murmuró con sigilo— ¡Hay un tezoro ezcondidio, que España nesecita que parezca; y er zeñoritón de Puferrada o uzté, zon loz predeztinaoz a encontrarle! ¡Lo he zoñao... y miz zueños nunca mienten!

Yo pensé: ¡Vaya, el timo del entierro! Pasó un taxi vacío; el conductor, listo, comprendió mi leve indicación. « ¡Que le encuentre Gil Robles! » la dije riendo; dí dos saltos, penetré en el coche, y éste como liebre ligera, huída, partió veloz; allí quedaron aullando los galgos de la gitanería. ¡Ya era mucha nariz con estalacmitas, y personajes de cueva mugrienta, aquello! ¡Me repelía!

Predestinación, casualidad, o lo que sea, pero todos los cuartos que en Madrid habité, fueron centro; jamás tuve la dicha de habitar un derecha o un izquierda. Actualmente, mi vecino de la izquierda es un comandante; el de la derecha, debe ser algo más. Los dos son

militares y casados con señoras muy guapas, y uniéndolas formarían una compañía con sus familias. Las voces de mando del batallón infantil, que todos quieren ser jefes y no tienen quien les obedezca, más que el infeliz asistente del comandante —el otro ha renunciado a sus servicios— un galleguito pellizcador de doncellas, que con el chico de la tienda de ultramarinos de al lado, son los gallitos de la calle. (Se me han escapado los chiquillos, que, traviesillos y vocingleros, son una delicia y me entretienen y entusiasman, en las horas de sueño sobre todo. Volvamos en su busca; pero, no, dejémosles, para que nos dejen tranquilos). Pues todo este tiempo atrás, las dos familias parecían elutadas por alguna irreparable desgracia o pérdida de cuantía y consideración máxima. Los padres, con el gesto duro, de militarotes que se les fosilizó la piel en un momento que el rudo deber los guiaba a la tragedia sangrienta, y ya no se pueden reír nunca; y como, además, sus cuerpos avezados y curtidos por las inclemencias de la vi-

da en campaña, a pleno desafío de poder con la naturaleza, no tienen cosquillas en ninguna parte... Las madres, que las dos se llaman María, y más que dos apetitosas magdalenas, parecen dos verónicas elegantes y bien rematadas. Y todos los chiquillos, silenciosos y cariatontecidos, contagiados de la tristeza de sus padres, parecían personajes de los cuadros de Tehotocópuli, El Greco, que se habían escapado del Museo para traer a mi espíritu sus negruras.

Consulté con un amigo, médico y sociólogo, y gran pensador, de esos locuaces, como algunos sabios en el Congreso, por si las neuronas telepáticas del antisemismo ancestral de la tristeza, fueren contagiosas, para cambiarme de piso, y me dijo: «No te preocupes, es andancio que llaman, epidemia militar, originada por la falta de gloria perdida en alguna hazaña que les salió retorcida». Todos aquellos militares de frente altiva y recta mirada, caminan mustios mirando al suelo, como buscando algo. ¡Yo no sé qué se les ha perdido! En una de esas ironías

del espíritu, algunas veces puntiagudo, se marchó mi imaginación al tesoro escondido de la gitana. ¿Lo sabrían los militares?

¡Bengalas luminosas de la Naturaleza! ¡Escultural armonía de la forma que luce, sonora! ¡Mayo! El día es un suspiro; la noche, un beso; la vida es una nota lírica y melodiosa, que con los anillos de su alegría rodea en su caricia al alma. Y esta mañana quedé sorprendido cuando salí de casa, al ver a los militares exhibiendo sus uniformes de gala, que parecían haber sido tintos en palanganas con baños de soles y lunas nuevas, y en sus caras se perfilaban los dibujos de antiguas y desconocidas sonrisas; ¡parecían otros! Las esposas, radiantes de júbilo, gozaban de sus mieles amorosas. Los chiquillos arrastraban juguetes nuevos, y en sus caras lucían, pegadas, restos de confituras, reveladoras de satisfacción y fiesta grande. ¿Qué pasará?, me pregunté.

En la puerta de la calle, el asistente del comandante, el galleguito aquél, formando grupo con su amiguito, el de la tienda, los porte-

ros de la casa y tres doncellas, que le escuchaban boquiabiertos, les decía cuando llegué: «... y se los había perdido. Todos andaban preocupados y tristes, todos suspiraban por hallar el tesoro, que tenían la seguridad de que existía, pero estaba escondido». Los creí víctimas del timo del entierro; sin duda había pasado por allí la gitana y los había embaucado con el secreto del tesoro. A punto estuve de marcharme; pero, curioso también por saber en qué paraba aquello, seguí escuchando, y el asistente continuó: «Ayer el nuevo ministro de la Guerra se encontraba muy mal —¡Caramba!—, muy a disgusto en su silla de ministro. —¡No fué nada; me alegro!—. Se levantó del asiento, palpóle cuidadoso, y notó que entre los muelles había un cuerpo duro: con su cortaplumas rasgó el terciopelo del asiento y encontró el tesoro: ¡El Código del Honor militar que se había perdido! Los militares recibieron la noticia del hallazgo del Sr. Gil Robles en el sillón del Ministerio de la Guerra, que les devolvía el honor, como la de la victo-

ria de una batalla que los cubriese de gloria. ¡Y eso es todo! ».

Como una luz muy fuerte me deslumbró aquella noticia, y a su fulgor se deshicieron las tinieblas de mi mente. ¡Ahora me lo explicaba todo! El Sr. Gil Robles había encontrado el tesoro escondido. La predicción de la gitana se cumplía una vez más; sus sueños no mentían: aquella mujer era zahorí. Dispuesto a tener las manos sucias toda mi vida, a trueque de recuperar la jefatura del partido de los gitanos; lleno de fe en los augurios de aquella mujer; contemplando en mi uniforme galoneado las insignias de ministro, me dirigí a La Covacha, en busca de La Gitana de Gil Robles.



CONVERSACION SEPTIMA

La Flora, en movimiento

Y andando, andando, llegué a la Torre de Babel y me acordé de aquel cantante italiano que se llamaba Giralini, que, como no habían terminado el caracol de la sonoridad, y él quería emitir su voz con mucha resonancia, pues se fué a cantarnos al Prado, y allí trató de entonar La Marina; pero antes de llegar con su vuelo las aves, le dijeron: «Que no la sabes». El dijo que a votos, porque a tientas conocía sus botes, hasta que un vate le dijo: ¡Vete! Y no subió por la Castellana temeroso de que Colón descendiera sobre él —le habían dicho

que la estatua estaba ruinososa— y se dirigió hacia el mediodía, la hora de almorzar.

Pasé por la Puerta del Sol, que de casualidad estaba abierta, pues suele estar cerrada con unas transparentes y brillantes cortinas rojas, que un galleguito finísimo, que siempre entonaba en su gaita el mismo aire de familia para que los suyos estuvieran contentos y alegres, alejados de saudade y morriña, desde su Palacio de la Bola mandaba cerrar para comer tranquilo, y en los postres exclamaba: mi figura es superior a la del Caballero Triste de Cervantes, porque él en estas cosas nunca pensó. El Galleguito Triste no recordaba que el de la alforja era Sancho.

Continué por la calle de Alcalá; ni salían de la cuarta de Apolo, ni había vendedoras de nardos, caballero lector, ni me detuve a sentarme en el banco con que Apolo dice a los transúntes: Descansad, sentaos, éste soy yo, sigo ejerciendo mis funciones de recreo y descanso. Seguí por Recoletos, crucé el tobogán de Prim, salí por Barquillo y me encontré otra

vez en Alcalá. No te alarmes, lector, por mi rodeo inconsciente; di esa vuelta, y al ver una multitud de curiosos mirando, por entre la verja, hacia el Ministerio de la Guerra, comprendí la causa de mi rodeo: En el Ministerio de la Guerra está el punto magnético de atracción de España; aquella multitud curiosa y yo, éramos víctimas de su poder. Hoy, ese punto, es el extremo del eje sobre el que España gira lenta, suave y segura. Hubiera seguido dando vueltas en mi órbita, alrededor del planeta, pero hice un esfuerzo y me salí por la tangente de la Cibeles. (Cuidado tipógrafo, no escribas tangente, que la Cibeles está muy pesada ya, como una piedra, para bailar tangos.) Por la acera de la izquierda de la calle de Alcalá, seguí mi viaje hacia la celestial mansión de los gitanos, y domicilio políticosocial de mi partido.

La brisa templada del Retiro, que no está fresca porque la calientan la fermentación de los abonos que en grandes montones acumulan, y la respiración de los millones de mos-



quitos que le habitan. ¡Oh salubridad madrileña, de todo te cuidas, pues estando la brisa templada, no serán frescos los madrileños! La brisa, sí, cambióme las ideas, y en mi mente albergóse La Flora. ¿No es cierto que la especie humana ha copiado todos sus tipos y modelos de la naturaleza? ¡Esos hombres lilas, que el sastre y el camisero confeccionan! Los alcornoques, que el gran Zola encontraba tres a cada dos pasos. La zarza de los usureiros, que se queda con la lana de todo el borrego que se le aproxima. Los altos y rectos chopos, en cuyos tipos lo mínimo es la cabeza. La higuera, frondosa como robusta matrona. El álamo, descolorido y rubio. El olmo, de un moreno renegrado. La encina añosa, como patriarcal señor. ¡Qué pocas quedan! La elegante palmera, como joven distinguida. El ciprés oscuro, como sacerdote quieto. El sauce llorón, como la familia de la víctima. Y el roble fuerte y duro, como atleta vencedor. De flores, no hablemos; desde la humilde violeta hasta la espléndida rosa, se

copian en las femeninas cualidades de la mujer. ¿Y de frutos? Abundan las cucúrbitas citro, pepo y melo; los ásperos nísperos; la gatuña, seca, dura y punzante como los corazones amargados, ambos se ven privados de la hermosura de que en ellos broten flores. ¡Pobrecillos! ¿Y la hiedra? ¡Ah, esto abunda más que las faldas de percal en los tiempos de Colón entre los Indios, que estaban todas planchadas, con la que se tiró Colón al intentar descubrirlos, por que estaban todos descubiertos! Pues bien, yo me imaginé, por un momento, que el Sumo Hacedor cansado de ver a la especie humana dando vueltas, y en cambio sus plantas estaban quietas, dijo: ¡Deténgase el hombre. Bailen. Muévanse las plantas! Toda La Flora se puso en movimiento y ¡ah pies! ¿Para qué os quiero? Corrían los árboles frutales hacia la plaza de la Cebada; por cierto que un ciruelo amable y cariñoso, detúvose inclinado en una esquina, sacudiendo sus ramas para llenar los bolsos de un chiquillo, que le miraba pasar, ansioso de

su sabroso fruto. ¡Oh bondad maternal de la naturaleza, que cuidas del pastor como tu hijo, y al lobo como a un hermano, y cuñada la pantera y la suegra la serpiente! Se dirigían los lilos a la Castellana. Los alcornoques hacia la parte baja del Congreso, que hay allí cerca una fábrica de botellas y necesitan corchos. Los sauces y cipreses pasaban apiñados como un entierro. Las zarzas invadieron las casas de banca, y bolsa y comercio, buscando su cálido ambiente para multiplicarse. Todas las cucúrbitas se fueron a los centros de enseñanza mostrando sus pepitas de oro. Los pavíos, albaricoques y melocotones, buscaron la Facultad de Medicina para que les estudiaran los huesos. La hiedra..., la hiedra parásita, como no la puso resistencia una clase, que aunque es muy numerosa es pasiva, pues, se apoderó del Ministerio de Hacienda, engalanando su fachada para que no se moleste al conserje cuando tenga que poner colgaduras. Las gatuñas pasaban frías, serias, hoscas; unas parecían guardias, otras recaudadores de contri-

bución. Aquel desfile imaginario estaba lleno de belleza. Vi una encina, cargada de bellotas, que no encontraba cerdos a quienes regalar su fruto, ¡naturalmente!, ahora los jamones se hacen en las fábricas; los cerdos ya no se crían; eran animales muy juarros y marañones; siempre andaban sucios y enmarañados. Comenzaba el desfile de las flores, encaminadas todas al Jardín Botánico, cuando una azucena injertada en Ramper, me sacó de mi abstracción con su lánguido mirar: ¡Qué ojos!, por su tamaño y contenido, parecían dos cajas de betún.

¡Pero qué es esto! Madrid se me había acabado, estaba en Las Ventas del Espíritu Santo, y, a la vista, La Covacha.

El Melindres, el Ecurrío, el Esmirriau y el Sabandija jugaban a las chapas, y me recibieron como a los junos cuando les buscan: sin hacerme caso.

—¿Dónde está la adivina? —les pregunté.

—¿Quién, la Flora? —dijo el Sabandija.

—¡Hoy la Flora está en movimiento!
—añadió el Ecurrío.

—¡Ya me lo había imaginado por el camino!

Y en tono desabrido remató el Melindres:

—Eztá pa lavá la ropa. ¡A ve zi ze ha creío uzté que loz gitano no tenemo ropa zucia!

—Sí, hijo, sí —le conformé porque parecía enfadado— ¡Mucha ropa sucia, y muy sucia; más que en las dependencias del Estado, Provincia y Municipio, que ya es el colmo! Porque como allí andan tanto con la tinta, escriben tanto, y se ensucian tanto... ¿Volverá pronto?

—No güerve hazta la noche.

—Decidla que volveré mañana para visitarla y charlar un rato.

No me hicieron caso: ¡jugaban!



CONVERSACION OCTAVA

El Terceto

¡Llamarse Flora una gitana...! Un hombre se puede llamar Casiano, y Zenón y Serafio. ¡Pero un gitano... imposible! Tiene otro concepto más de relación entre el nombre y la persona. Cuando me hablaron una vez de un tal Calderón, me imaginé un hombre grande, enorme, inmenso; días después, en un casino me presentaron al Sr. Calderón, pesaba cuarenta y siete kilos, y yo exclamé: ¡Esto es una semicorchea, qué Calderón! Pues los gitanos no toleran eso. Yo conocí al Renegrío, y ¡eche usted betún! Entre ellos te dicen el

nombre, te le imaginas, lector, y cuando viene, es él, no te equivoca. ¡Cualquiera iba a suponer que la Gitana de Gil Robles, se llamaba Flora, y que estaba en movimiento, a pesar de mi visión por el camino!

Esta teoría, llevada después al terreno de la realidad, es cierta. Sánchez Román y Ortega y Gasset, ¿no son nombres elegantes? ¿Hay mayor ultraje patronímico para todos los que visten de lana en vez de algodón, que llamarse cordero? ¿Está a tono sal y azar, que a nadie se niega, con no dar a los pobres ni agua? Azaña ¿no hizo de los suyos? Largo Caballero ¿no desmintió el apellido de su madre? Franco ¿no ha tocado siempre su corneta en tono vibrante, y claro y valiente? Gil Robles ¿no resiste el empuje de todos los vientos, aunque son nauseabundos en su mayoría? ¿Lo ves claro, lector? Si a mí me dicen que D. Juan de Lozoya se pasa el día en la taberna, me causa la misma sensación que si escucho decir que Balvino, Silvino y Hetelvino beben leche con merengues. ¿Cómo el Cid

no iba a picar bien? Ya lo demostró en la corrida de comunicaciones. ¿Podría el Presidente de un Gobierno republicanísimo hacer una corona buena? ¡Pero hombre! ¿En qué cabeza cabe... esa corona, como no sea de espinas, en la suya?

Y en estas reflexiones, llegué de regreso, para volver al día siguiente, por la calle de Alcalá a un hotel, que deshabitado, fué derruído para construir otro hotel que no habita nadie. ¡Ha-brase visto qué despropósitos! Indudablemente la historia se repite: he ahí un caso de repetición inevitable, digo inhabitable. Otro: Nuestro ex Rey, Don Felipe II, en el año mil quinientos y pico, se separaba de su esposa —la inglesa—; en el año, cuatrocientos después, nuestro ex Rey Don Alfonso XIII, se separaba de su esposa —la inglesa—. Estas inglesas parecen catalanas con vascas, por lo separatistas. Esperemos a ver dentro de cuatrocientos años que la historia se repite, que ex Rey, se separa de otra inglesa; yo estaré al tanto y te lo avisaré, lector.

He llegado a casa y me siento extenuado: hambre, sed y cansancio; el terceto de los caminantes. Aquí estoy, entre el suelo y el techo de mi cuarto, que conmigo forman otro terceto, porque las paredes no existen, es decir, tienen existencia real, pero no como seres o cosas, no existencia propia, sino como prolongación del suelo o el techo. Probemos en un campo libre, sin edificios, y andando, andando, nunca llegamos al fin, siempre nos queda la pared del infinito que nos limita, pero no como propia pared, sino como prolongación de la línea que nos sustenta o del espacio que nos envuelve: suelo y techo. Las paredes no existen más que como recurso contra los albañiles parados, y como una desobediencia o rebeldía contra el Sumo Hacedor, mayor que la de Adán por la apetitosa manzana, pues limitan el aire y la luz, el espacio, que El creó inmenso. Reflexionando sobre las paredes, aquí en mi cuarto, con la soledad y el silencio, que formamos otro terceto, y ¿por qué el número tres baila tanto en mi mente? Ya van tres

tercetos, el tres triplicado, si tuviera existencia propia, aunque no propia, sino como la de las paredes siquiera, le daba un baño metiéndole en el cubo. ¡Pero si al cubo se ha elevado él solo! En verdad, es simpático el número este: Tiene sonrisa en el trío, dolor en la tripa, pena en el triste, elocuencia en el tribuno, autoridad en el triumvirato, seriedad en el tricordio, miedo ante el tribunal, molestia en el tributo, trifulca en el Congreso con lo del trigo, variedad en la trilogía, euforia en el trino, es cojo en el trípode, hay poesía en el terceto y música, problema en el triángulo, grandeza en el tríptico, funebridad en el trídúo, cosquillas en el trigémino, delicadeza y feminidad en la Trinidad y hombría en trifón. El tres: ¡qué agradable! Quevedo-Salamanca. ¡Pero esos son dos! ¿En dónde está el tres? ¡Ah, claro! El tres... está en Oviedo. ¡Qué valiente! He ahí un tres que se elevó a la máxima potencia: le tronzaron, le tripartieron, le trituraron, y cuando llegó la hora de la tribulación, se extrajo la raíz,

se miró decimal, pero no quebrado, se metió en baza y sacó su espada con triunfo. Tanta fué su gloria que le cantó un poeta con el siguiente terceto:

Del Asturiano concierto,
lo que no ha quedado muerto:
está cojo, manco o tuerto.

Voy a acostarme para descansar, que mañana será día dinámico: habré de ir a buscar a la Gitana, y será grande la lucha con la opinión de mi Partido; me servirá de ejemplo la conducta del número tres, para recuperar la jefatura de mi Partido, con los gitanos. No es fácil tarea vencer el complejo de su vivir. ¿Me recibirán en seguida que llegue? ¿Me harán estar esperando, en el *joll* de la La Covacha, mucho tiempo? ¿Me dirán que anuncie la visita, y pida hora para ser recibido, por teléfono? Veremos qué pasa. Yo madrugo y voy allá. Ahora a la cama: a la una, a las dos, a las tres. ¡Pero ya está aquí el tres otra vez! ¡A

que me paso la noche soñando con el numerito! Le multiplicaré, para ver si aumentándole de tamaño no cabe y se ahuyenta de mi mente: tres por una es tres, tres por dos seis, tres por tres nueve, tres por cuatro... tiempo de valss, momento romántico: la viuda alegre; me quedo con ella, la tararearé para dormirme. Buenas noches.

Media vuelta a la derecha; media vuelta para la izquierda; parezco un soldado o un político desorientado. Me es imposible conciliar el sueño. ¡Ni con la viuda alegre consigo pasar la noche a gusto! ¡Ay, mamá política, qué insomnio! ¡Hombre, la política! Ya encontré tema para dormirme. Divaguemos sobre la política: La política es como un sello étnico que caracteriza a los pueblos. Debe de imprimir su característica en la vida social de cada nación, pero a la vez debe respetar sus instituciones básicas. Por ejemplo: En el matrimonio, nunca debe inmiscuirse la mamá política. El Código penal que anda por ahí, yo le he visto, con los bordes estropeados

como de haberle hozado los marranos de los políticos... La sílaba «de» anterior a «los políticos», es una preposición de genitivo. Genitivo es un caso de usura muy raro, se ha adueñado de todas las preposiciones de propiedad... ¡aaaaah! ¡gm, gm, gm...!



CONVERSACION NOVENA

El Tríptico

El sol parece que se ha ido a disfrutar su permiso anual de trabajador del campo, que le vivifica con su lumínico y caluroso esfuerzo diario, y las nubes, libres del agente de fuerza superior que disuelva sus grupos, campan libremente apelotonadas por las vías atmosféricas, interrumpiendo el tránsito de las vías urbanas con los espejos de los charcos, que para mirarse reflejadas coquetas, formaron con las lágrimas de sus risas, al correr juguetonas y libertinas. El alma, humedecida, parece una gelatina pegajosa. Los ojos miran hacia el am-

biente turbio; y las sábanas, como madres enternecidas, extreman y prolongan la suavidad de su caricia. ¡Ea! Un esfuerzo y en pie. Pero es sólo la imaginación la que quiere levantarse; nada del resto de mi ser la obedece. Antes de abandonarla, voy a entonar un himno a la tibia y placentera temperatura de la cama:

Porque a mí se me figura,
que si es mucha galanura
la de la temperatura,
no la va en zaga la holgura
de la cómoda postura.

No comprendo por qué los muertos se dejan enterrar metidos en una caja. Yo me opondré, y han de enterrarme acostado en la cama, con catre y todo; para que esté perenne mi reloj, colgado de la barra de la cabecera. Sonaron los últimos compases del himno de Diana. ¡Arriba! Y el aseo al trote, que hay que ir a ver a la Gitana, y justificar mi conducta,

para que me rehabilite en la Jefatura, de mi Partido, de la G. E. G. E.

Ya estoy en la calle. Buenos días, lector. ¿Que cómo he invertido tan poco tiempo en las necesidades de mi aseo personal? Es un secreto. Soy amigo de un árabe, que se llama Cide Hamete Benenjelí, descendiente de aquel Benengeli que conoció Cervantes; aquél se escribía con g, éste con j, cambió la letra por seguir la teoría heroica de Juanelo Jiménez Juárez; y Benenjelí me presentó a otro árabe inventor de unas máquinas, quien me regaló un modelo para propaganda. Son tres; verás: En la primera, entras, y sales lavado y seco. La segunda, te afeita, peina, corta el pelo y las uñas de pies y manos —tiene que estar graduada a la medida, para que no desuelle la nariz y las orejas—; y la tercera te viste, cepilla, plancha, limpia y ata el calzado —claro es, que esta última máquina hace cosquillas en la barriga al abrochar el botón del calzoncillo— y sales nuevo. Dos minutos tarda cada

máquina en su operación. Total, seis minutos todo comprendido. Me avisa estos días Benenjelí, que está perfeccionando su último invento, y me enviará un modelo de su máquina para masaje y evacuación. Estos árabes extraen el jugo de la vida; así da gusto; los hay que viven como sultanes.

Caminando hacia el Espíritu Santo, porque se me había hecho tarde, iba tan deprisa, que volaba; y veía desde arriba, mirando para abajo, la gran urbe de Madrid como un inmenso vivero de setas negras que se movían en todas las direcciones, y para evitar que se las estropeasen los bordes, con los choques, se estiraban y encogían como si fuesen de goma, bailando una zarabanda lúgubre y llorona, porque todas, hasta el suelo resbalando, hacían descender sus lágrimas. Rara coincidencia la de este día gris: lloran de alegría las nubes en algarabía; lloran de dolor, los paraguas en esclavitud. La cuestión es saber encontrarla; también tiene su poesía lo hosco, lo fosco y lo tosco. Esto es una verdad como un templo ve-

tusto; pero el día gris, las nubes oscuras, los paraguas negros. ¡Poetas; que vengan poetas! ¿En dónde estará aquí la poesía? ¡Yo la veía sepultada bajo la losa de plomo del ambiente! Pero una voz interior parecía recriminarme diciendo: Hombre de espiritualidad superior, que presumes de saber gustar las bellezas de la vida; y que desbrozando la materia, aunque te hieran las espinas de las zarzas de que está lleno el camino, saboreas las perfumadas y exquisitas esencias de la soledad y el silencio; hombre dios, dueño del mundo, porque con tu imaginación te asciendes sobre los lodos de la realidad y habitas en regiones ideales, ¿no ves, bajo el transparente toldo del paraguas, esa virgen rubia que parece una Sonatina? Contempla la esbelted de esa mujer que semeja una Rima con la aureola de su paraguas. Mira aquella señora majestuosa imitando una Ocatava Real coronada por su paraguas. Aquella mujer tan gorda que no puede entrar en el coche ¿no es una Oda? Ve las alegres modistillas juguetonas como una Quin-

tilla sin paraguas. Aquel matrimonio regordete con sus cuatro hijos coloradotes ¿no es una Egloga Bucólica? ¿Y ese terceto de la trinche-
ra? Aquel tranvía pletórico ¿no parece un Soneto? ¿No son un pareado esos dos novios? ¡Venirle al amor con gotitas! Esos del taxi ¿no forman una Cuarteta? La radio ¿no es una eterna Canción? En el movimiento de los transeúntes ¿no parece que se dibuja un Romance? ¿No pasan a cuerpo caras húmedas y alargadas, que son un modelo de Elegía? Aquel cojo ¿no es un Verso de Pie Forzado? Hasta ese señor que lleva el pantalón escrito con notas de barro, semeja un pentagrama con la música de una Romanza. ¿A que no ves ningún político? Los muy... lagartos, sólo salen de su vivera cuando hace buen tiempo. Esa es la Prosa. Y todo era verdad. La vida, así, en verso, encasillada en la medida de la Rima y la musicalidad del lenguaje y la claridad del pensamiento... ni una palabra disonante, sin una sílaba de más, todo en consecuencia con la Armonía y la Belleza... ¡Cuán-

ta hermosura! ¡Vivir poéticamente, arrullado por las sublimes creaciones del Genio! Sin las asperezas y sinuosidades de... ¿Pero es aquella la Gitana? ¡Claro, si he llegado a La Covacha!

La Gitana transportaba hacia La Covacha, en un gran cesto, algo que debía ser muy importante a juzgar por el cuidado con que lo llevaba: ¿Útiles? ¿Viandas? ¿Quizá un niño pequeño? Más tarde me enteré, y era un buche recién nacido. En el dintel de la puerta tres hombres, dos de ellos ya conocidos, el Samuel y el Leído, el otro más viejo aún, miraban a las nubes como pidiéndolas que cesasen en su gimoteo. Los tres hombres, de aspecto patriarcal, con cabellera enmarañada y barba lacia y sucia, quemada a trozos por la lumbre del pitillo, con sus rostros y manos aceitunadas y mugrientas vestiduras, pude averiguar por el Sabandija, que pasó a mi lado, que eran los Jefes de la tribu, el Tríptico de Faraón, con quien me había de entender para recobrar mi esplendor político. Hoscos esta-

ban en su banco, de un azul renegrido y blanquecino a trozos; yo me sentí audaz, como en un escaño, y comenzó el debate. En ellos la mayoría, pero, como la Flora me apoyase, tenía la seguridad de que con aquel Tríptico me calzaba yo las botas.



CONVERSACION DECIMA

El Tríduo

—¡Hola señores. Buenos días! ¿Qué se hace? ¡Mirando al cielo, eh!

—Zí, contemplando laz nubez —contestó el Faraón—. Mos ha jecho mucha gracia, eza de aquí encima mezmamente: antez era pequenüca, y hay que ver lo que ha creció. Juárez pala izquierda; volvió pala derecha; tomó la forma de una fiera; pero dió en engordar y ahora tiene el aspecto de borrego satisfecho. Ha zeguío dando laz mizmaz güertaz allá riba, que un político aquí bajo.

—¡Hombre! ¡Qué observación más filosó-

fica! ¿Ha leído usted las obras de la Sociedad Anónima Ríos, Besteiro, Albornoz, Galarza et Company? ¡Son obras sin cimientos, de esas que se hunden, y las víctimas... como siempre, los trabajadores!

—Oiga, caballere: Ya que himoz tenía el guzto de conocerle, no muz de uzté er dizguzto de no entenderle.

—Como habla usted tan bien, yo creí...

—Yo digo lo que zé, y me zé lo que digo. ¡Ojalá tuvieran mi experiencia los arcades y gobernaores. ¡Otra zería España! Zi yo zé in-trepetá laz nube, ez porque a juega de ver-laz tóoz loz año, ya muz conocemoz y zemo cazi amigos; zi zon como laz golondrina: siempre güerven laz mizmaz. Y claro a juega da añoz... que ya tengo muchoz; zoy er má viejo de loz gitanoz: er Faraón. Y la vejé, ez una cosa mu güena, pero mu cara; zólo ze paga con la vía. ¡Mucho vale, ridiez, pero mucho cuezta, que no ze pué comprá doz veze!

La Gitana, que sin duda había colocado al

Buche —el Buche no es común, es propio de los gitanos— al amor de la lumbre, salió como un cohete.

—Oiga, amigo: ¡Vamo, que zi tenemo que comprá tooz loz díaz tooz los papelez de Madrí pa buzcá lo der tirmómetro...! Ayé afanaron loz gachí deciciete Imparciale, y en denguno venía náa de lo mueztro; y en tooz decía lo mezmo: que zi er venticinco de abrí, que zi er venticinco de abrí. ¡Como zi eze día, en la plaza la cebáa, lo hubizen dao tóo de barde y por zu cuenta!

—Mujer; el calendario, en abril, señala fechas muy famosas; por ejemplo, San Marcos, que fué el inventor del toreo, y que además es cuando vienen de veraneo los vencejos.

—Uzté zí que no ez mar vencejo. ¡Ze le ve la pluma negra!

—Bueno, amigos. Yo he venido para reunir al Partido y celebrar junta. Se ven densas nubes en el horizonte político que es necesario despejar.

—Claro, como que eztá er día nublau, y

tié uzté la tormenta encima y zin paraguaz.

El Faraón.—Alto ahí, caballere. El otro día, con zu labia, embaucó uzte a eztoz infelice; pero yo no he nació ayer. Uzté e un desertó; aquí no hay na que jacé. Uzté e un demizionario. Lo que uzté buzcaba, e zer uno de ezoz camaleonez, que en yegando ar Congreso cambian la coló. ¡Como cambian de alimento, y ayí ez ziempre primavera...! El ivierno quea en la caye pa loz pobrez der Partío. ¿Uzté zabe lo que pazó en Galicia, cuando er imperiá decreto que la queó zin Zan Zantiago zu patrón, y la dió él otro? Puz que zin patrón, mandaban loz marinero, y ar rezá decían: «Zantiago Quazarezquy, roga por muzotro». Pero era tan fino er melancólico Zantiago Quazare, quy rogaba zolo por la familia; y a zu oración, ni er código civí ze reziztía. Un día le mandó rezá una oración ar gobernao de León, y er cielo agradeció le mandó unoz angelito con tricornio, que le concedieron una zervidumbre de minaz pa un pariente zuyo. ¡Lo que yo zé! Er día que yo hable... Y

güeno compare, aquí ha quedao uzté como un pogrezizta, zolo; como una botella vacía y zin tapón; como un hombre mu gordón, gordonízimo, zeparao de zu ordá, por obra y gracia de justicia; como un cordero ar que ze le muere la oveja y no tié donde chupá; como un rico, que ze quea zin ¡Ay! untamiento.

—Pero yo... prometo que seré, en la defensa de ideas del Partido, tan gallardo como un osorio; tan cid, como aquél de un sitio... ¡Ah, sí! de Zamora.

—Y muzotro tan manta como de Palencia. ¡Déjemo en paz, y hágaze de Lerruz, que ahora eztá en moa!

—Yo necesito demostrar, ante la masa del Partido, que mi ecuanimidad y prosopopeya...

La Flora.—Oiga, er de la epopeya. Entavía hay clabez. ¿Zabe uzté?

—Que si hay clases... de todas las clases! En el ejército, pasivas, en los centros de enseñanza, y ¡no es floja la lucha de clases que vivimos!

—Güeno, puez no muz confunda con ezoz

bobadilez que lloran por lo que no zupieron defendé y andan zuzpirando po toa la nación, que parece de papé y como ha llovío, con er rezumo der carbón y el dezteñío de los negroz del jazband, parece que la tinta ze ha corrío, y eztá hecha un pingajo. Uzté e un político que quié dar la güerta cuando le conviene. No ez que yo diga... pero muzotro zemo probe pero honrau. Le dije a uzté que eztaba dizpreciando la fortuna, y azí ha zío. Hay que ze valiente, y coztante y tené confianza en lo zuyo, pa yegá a toaz partez. Mire uzté ar zeñorítón de Punferrada: yo le dije que zería Meniztro, y lo ha zío; yo le dije que hayaría er Tezoro Ezcondío y le hayó; y ahora le digo que zerá er zarvaó de Ezpaña, y lo zerá; porque tié fe en lo zuyoz, y ez valiente, ya zólo le farta acometé con eza hazaña, pa que ze cumpla er Tríduo de mi adivinación. ¿Ze acuerda uzté, cuando laz comadrez de Punferrada, decían que zi había dío pa retratarze, y ensayá poztura y contemplá la estauta? Puez ahora ze zabe tóo: Había dío pa fundí zu ez-

píritu en la grandeza raziá de la raza de zu mayorez, y lucha por Ezpaña cuando jiciera farta; había díó par templá zu arma en er temple de loz Timplarioz, y zacriticarze por Ezpaña cuando juera nesezario. Y eze, la defenderá y la zarvará. ¡Ya zabe uzté que lo adivino tóo, y miz zueños no mienten!

Faraón.—Tiene mucho perfume cuando ze ezalta la Flora y dice la verdá. Con decizióñ y valentía, al ézito; con dudaz y arrepentimientoz, al fracazo. Conque, zeñorito... a Córdoba. Muzotro, como laz hormigaz: Ya viene er güen tiempo... a corré tooz los caminoz de Ezpaña, pa vigilé a loz zeviles, que no eztén paraoz; y uzté, a ver zi zaca carbón, en er túnel der lazo de laz eztacione. Eze lazo de corbata que iban a aprietá a Don Inda en el cuello, pero ze ezcapó.

Como un plumífero alicaído di la vuelta hacia Madrid. La Gitana no se equivoca en sus pronósticos: Gil Robles será la salvación de España. Y mi Yo político, despechado por el fracaso, exclamaba como aquel tristemente

famoso político, cuando cesó la destrucción de Oviedo: «¿Y qué me importa que España se salve, si yo he perdido la jefatura de mi Partido?»

Con victo, con feso, con trito, como testigos de mi dolor, caminé hacia la casa de un sacerdote, que un arcarde lacio mandó salí der pueblo, y se refugió aquí, para encargarle un Tríduo de misas: una para San Antón, porque es el abogado de la rabia; otra para San Apolonio, por que es... toy que echo las muelas, y la otra, para San Apapucio, que es el patrón de los Jefes sin Partido. El humilde curita, me dijo que la última tardaría mucho en decirla, porque hay que guardar turno y tiene muchos pedidos. ¡Ventajas de las huelgas. Ya estoy acostumbrado a las colas, y por algo me llamo Justo Estrada Carpintero!

GUIÓN

	<u>Páginas.</u>
Dedicatoria	5
Índice	7
Lector... Un momento	9
Excmo. Sr. Público.....	11
Autor-Retrato	17
Plan y método.....	19
<i>Conversación primera:</i>	
La profecía.....	23
<i>Conversación segunda:</i>	
Reparto e igualdad.....	31
<i>Conversación tercera:</i>	
La covacha.....	39
<i>Conversación cuarta:</i>	
Termómetro social.....	45
<i>Conversación quinta:</i>	
G. E. G. E.....	53
<i>Conversación sexta:</i>	
El tesoro escondido.....	61
<i>Conversación séptima:</i>	
La Flora, en movimiento.....	69
<i>Conversación octava:</i>	
El Terceto.....	77
<i>Conversación novena:</i>	
El Tríptico.....	85
<i>Conversación décima:</i>	
El Tríduo.....	93

OBRAS DE JUSTO ESTRADA

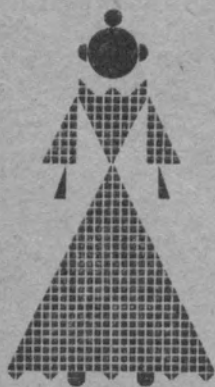
FELIPE II. (El rey calumniado), 5 pesetas.

MI COMEDIA. (Revista poética), 5 pesetas.

EN PRENSA

RAYITO DE LUZ. (Humorismo reconstituyente),
5 pesetas.

(Este libro fué escrito bajo el imperio de las Constituyentes, y no fué publicado por impedirlo un poder superior a la voluntad del autor.)



G 59866

G 59866